
De palabras y piedras: reflexiones en torno a las relaciones entre arqueología e historia en el Michoacán protohistórico, sector de Zacapu

Dominique Michelet

Como bien es sabido, la *Relación de Michoacán (RM)* es la principal fuente etnohistórica sobre los tarascos prehispánicos, por encima de todas las demás, dado su rico contenido, así como su fecha temprana de elaboración.¹ De hecho, fue redactada para la información del virrey Antonio de Mendoza, muy probablemente en 1540, a partir de los testimonios de varios sabios tarascos (“los viejos desta cibdad de Michuacan”, *RM* 2000: 329) y bajo el cuidado de fray Jerónimo de Alcalá (Warren, 2000). Este último, en el prólogo de la obra, se presenta de manera insistente como el mero “intérprete” (además, anónimo) de sus informantes (*ibid.*). El manuscrito, a pesar de que se encuentra ahora truncado –le falta lo esencial de su primera parte, la cual estaba consagrada a los dioses y a las ceremonias–,² está realizado con 44 láminas y detalla los diferentes episodios de la formación de la entidad política tarasca, en su segunda parte, pero también su organización

¹ Entre las diferentes ediciones del documento, se destacan la de 1956 con transcripción a cargo de J. Tudela (reeditada en 1977 en Morelia con un estudio preliminar de J. Corona Núñez), pero sobre todo la del 2000, coeditada por el Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado, que va acompañada de varios estudios importantes, inéditos o reeditados ahí. También es destacable la del 2001 publicada en Madrid, ya que ofrece un facsimilar del manuscrito incluyendo las ilustraciones. Entre las ediciones extranjeras, señalemos la francesa que asumió e introdujo J. M. G. Le Clézio (*Relation de Michoacán*, 1984). Por otra parte, no se puede negar que varios estudiosos, desde Miranda (1981) hasta Roskamp (1998), han señalado y comprobado la importancia de varios otros documentos para la historia antigua de Michoacán. Entre éstos, las *Relaciones geográficas* (1987) ocupan un lugar destacado.

² A pesar de esta pérdida, vale señalar que hubo intentos diversos para acercarse a tal o cual aspecto del universo religioso de los tarascos antiguos: cf. Pollard (1991), Pereira (2005) y Martínez (2008), entre otros.

y funcionamiento justo antes de la Conquista, la cual es también objeto de algunos folios en la tercera parte. A causa de la abundancia de datos que contiene y de la relativa escasez de trabajos arqueológicos que llevados a cabo hasta una fecha reciente sobre el Michoacán protohistórico,³ no es sorprendente que este documento haya sido [sobre]utilizado en una mayoría de las tentativas de reconstitución de la sociedad tarasca prehispánica, que se trate de obras generales (León 1979 [1903], López Austin 1981 y aún Pollard 1993) o de estudios más específicos, los cuales, no obstante, recurren también a otras fuentes: véanse, por ejemplo, Beltrán 1994, Carrasco 1986, García Alcaráz 1976, Gorenstein y Pollard 1983. Ahora bien, el uso a veces demasiado exclusivo y generalmente no lo suficientemente crítico de esta fuente, como en otros casos historiográficos similares, es arriesgado, sobre todo cuando uno tiende a tomar al pie de la letra las informaciones transmitidas por ella. No es aquí el espacio para lanzarse en una evaluación global de la manera en que se debería leer la *RM*, en particular comparándola de manera sistemática tanto con otras fuentes escritas como con datos proporcionados por la arqueología, los cuales, de todas maneras, permanecen insuficientes. Nos limitaremos más bien a resaltar algunas enseñanzas sacadas de la experiencia que tuvimos en busca de las realidades tarascas, precisamente las que corresponden al momento que la *RM* presenta como sus inicios. Siguiendo la división de las dos partes que se conservaron de la *RM*, nos interesaremos primero en el evento fundador de la historia tarasca, sus actores y particularidades. Posteriormente, reflexionaremos sobre unos cuantos aspectos del mundo tarasco en su funcionamiento para, otra vez, explorar cómo cotejar restos materiales y texto.

EL ORIGEN DE LOS TARASCOS, SEGÚN LA RM Y LA ARQUEOLOGÍA

“Vosotros, los del linaje de nuestro dios *Curícaueri*, que habéis venido, los que os llamáis *Enéami* y *Çacápuhireti*, y los rey[es] llamados *Vanácaze*, todos los que tenéis este apellido, ya nos hemos juntado aquí en uno,

³ Es decir, de los dos siglos inmediatamente anteriores a la Conquista: cf. Castro Leal 1986, Michelet 1992:12-16, Williams 1993; por su lado, Pollard 2003, 2008, después de numerosas otras contribuciones, ilustra una nueva dinámica de la investigación.

donde nuestro dios *Tirépenie Curícaueri* se quiere quejar de vosotros y ha lástima de sí. Él empezó su señorío donde llegó al monte llamado *Virúguarapexo*, monte cerca del pueblo de *Çacapo* [Zacapu] *tacánendan* [...]” (*RM*, 2000: 332).

Por esas palabras, cada año en la fiesta de las Flechas (*Equata cónsquaro*) donde se hacía justicia, el sacerdote mayor de los tarascos (el *petámuti*) empezaba a relatar, frente a los personajes principales del reino, los orígenes de éste último. Sin lugar a dudas, dichas palabras –en particular la segunda frase– influyeron en la elección de la región de Zacapu cuando, en 1983, los arqueólogos del CEMCA (Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos) se preguntaban en qué porción de la entidad convenía más buscar nuevos datos sobre los tarascos prehispánicos y sus antecesores. En efecto, la segunda parte de la *RM* consiste en una recopilación de la historia antigua de los tarascos, transmitida oralmente. Para más particularidades, esta narración es fundamentalmente la del grupo (“linaje” en singular dice el texto citado, pero se menciona a varios en otras partes) que conquistó el poder y organizó el territorio tal como logró existir en vísperas de la primera entrada de las tropas españolas.⁴

En sus primeras palabras, pues, el texto plantea una versión singular de los inicios del reino tarasco. Estas se encuentran caracterizadas ante todo por la llegada de una deidad.⁵ Un poco más adelante en el mismo capítulo, aparece Hiré Ticátamen, el portador del dios, de quien se dice que era “águila”

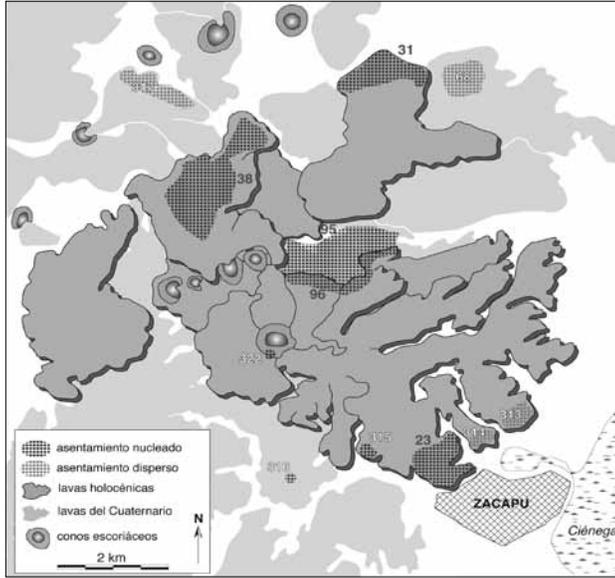
⁴ Al ser fruto de una transmisión oral, lo que está consignado en esta sección de la *RM* no puede ser equiparado a una historia escrita. Pero hay más, y este punto ha sido señalado por varios desde hace tiempo: lo que el sacerdote mayor cuenta de manera solemne durante la fiesta anual de la Flechas es una historia oficial, ciertamente más o menos manipulada por las élites en el poder, las cuales estaban deseosas de legitimar su posición y la forma en que la habían logrado. Finalmente, vale insistir en el que los informantes de Alcalá eran miembros del grupo dirigente del siglo XVI, descendientes de los fundadores del reino. Así pues es, en principio, su historia la que nos ha llegado.

⁵ Como muchos comentaristas lo apuntaron, el rol decisivo atribuido a este dios y a otros que aparecen más adelante en la narración, así como la existencia de fenómenos sobrenaturales entre eventos que supuestamente conciernen a los hombres, da al relato un carácter mítico que debe ser tomado en consideración en el momento de evaluar la veracidad del texto. Ahora bien, el papel que tienen los dioses y en particular Curícaueri, si bien aparta al relato de las narraciones de la historia moderna, puede e incluso debe ser un elemento revelador de la concepción tarasca del mundo. Sobre distintas dimensiones del carácter mítico de la peregrinación tarasca, véase en particular el estudio detallado de R. Martínez G. (2010).

(*vacúseecha*) y, más abajo aún, se conoce de forma indirecta que este personaje había venido con un grupo de gente. Hay que esperar hasta el capítulo 4 para que estos pobladores inmigrantes sean calificados como “chichimecas llamados [ellos también] *vacúseecha*” (*RM*, 2000: 351); pero el relato hecho por el sacerdote mayor, antes y después de esta primera mención, no vacila en describir su comportamiento de una manera que va conforme a lo que distingue a los chichimecas en general: desconocimiento de la agricultura y pesca, importancia de la caza y recolección, sedentarismo inestable y, a fin de cuentas, un tardío culto al sol. Por supuesto, era de esperarse que la intrusión e instalación cerca de Zacapu de unos “chichimecas”, el acto fundacional del reino tarasco, hubiera dejado trazas en el registro arqueológico. Así fue que, desde el principio de las investigaciones arqueológicas en las cercanías de Zacapu, la comparación entre la memoria “histórica” registrada en la *RM* y los restos materiales adquirió importancia.

Mucho se ha escrito y publicado sobre los vestigios que se encontraron y estudiaron en las zonas elevadas cercanas a Zacapu –básicamente en el Malpaís que se extiende al oeste-noroeste de la ciudad colonial y moderna como puede verse en el diagrama– y que corresponden cronológicamente al inicio de la historia contada en la *RM*: Arnauld y Faugère 1998, Michelet 1998a, 2008, Michelet, Ichon y Migeon 1988, Migeon 1990, 1998, 2003. También se han comentado ampliamente las convergencias y divergencias que pueden ser establecidas entre las informaciones que vehicula la *RM* y los restos arqueológicos hallados: Arnauld y Michelet 1991, Michelet 1988, 1989, 1996, Michelet, Migeon y Pereira 2005, Migeon 1992.

Basta hacer aquí un balance resumido de los aportes de las dos versiones de la historia, la textual y la arqueológica. Ambas concuerdan en que hubo, a proximidad de Zacapu –en el Malpaís del mismo nombre, permite precisar la arqueología, la cual también data este suceso de alrededor de 1250 d.C.– unas transformaciones a nivel poblacional que, de cierta forma, pueden ser interpretadas como el resultado de la inmigración de forasteros. También las dos fuentes de información coinciden sobre el hecho de que esta llegada de gente fue seguida por su salida hacia otro rumbo. Pero aquí las cronologías se apartan mucho: mientras que, según la *RM*, la estancia de los nuevos venidos en Zacapu habría durado solamente unos cuantos años, los sitios del Malpaís que se desarrollan a partir de la segunda mitad del



Mapa general del malpaís al oeste-noroeste de la ciudad de Zacapu (digitalización de G. Pereira), con localización de los sitios arqueológicos de entre 1250 y 1450 d.C. (los números en rojo corresponden a los asentamientos los más importantes)

siglo XIII han sido en buena medida abandonados (y de manera organizada) tal vez sólo hacia 1450 d.C. (según una fecha radiocarbono) o un poco antes. Ahora bien, detrás de la congruencia general observada, por cierto muy importante, la historia narrada y la documentación arqueológica divergen en varios otros aspectos, proporcionando la segunda más datos que la primera.⁶

Lo que la *RM* asocia a la estancia en Zacapu, antes de la partida hacia el Este y el segundo lugar de estancia, Zicháxquaro, es fundamentalmente:

- una evocación de las actividades de Ticátame (juntar leña para alimentar los fogones, braseros o pilas rituales, y hacer flechas para cazar venados cuya carne, al igual que el humo, se ofrenda a Curícaueri y los demás dioses);

⁶ Pero es verdad que el primer episodio del relato del petámuti se reduce a unas pocas palabras.

- la unión de este príncipe con una hija del señor del pueblo vecino de Naranjan donde aparentemente se hablaba la misma lengua, y el nacimiento de un hijo de esta unión, Sicuyrancha;
- el conflicto que surge entre Ticátame y sus cuñados, a raíz del robo por parte de estos últimos de un ciervo herido por Ticátame y, sobre todo, del rompimiento de la piel del animal, la cual se dice que sirve para envolver a Curícaueri. Al final de la altercación, Ticátame hiere a dos de sus cuñados, razón por la cual decide dejar la zona y marcharse hacia otro lugar.

Es poco usual que la arqueología logre captar la vida de los individuos y menos aún sus nombres. Sin embargo, los tres puntos de los que habla el texto, en términos generales, encuentran cierto eco en los datos arqueológicos. Abundan los incensarios en los sitios posclásicos del Malpaís y se han localizado posibles fogones rituales en ellos (bajo la forma de zonas empedradas circulares con huellas de fuego): Michelet, Ichon y Migeon 1988. Las flechas, por su parte, en definitiva forman parte de la herramienta usual de aquel tiempo (Darras, 1998: 70). Sin embargo, como lo hace notar Faugère (1998, 2008), no son muchos los indicios de la caza de venados. Que los recién llegados se hayan unido con la población ya instalada en la región, al menos lo sugiere el material óseo recogido en la zona funeraria situada al pie de la yácata B1 de Las Milpillas: en este lugar, a diferencia de lo que existía antes (Pereira, 1999), la deformación craneana aparece escasa, y, cuando existe, concierne mayoritariamente a mujeres. De allí la hipótesis según la cual los inmigrados habrían sido principalmente hombres que se casaron con mujeres locales (Michelet, Migeon y Pereira 2005).

Finalmente, no se identificó en el registro arqueológico ningún índice de conflicto entre los sitios del Malpaís y aquellos de la misma época cercanos a Naranja.⁷ Los primeros presentan, por cierto, huellas innegables de sistemas defensivos, pero no está claro si estos fueron concebidos para defenderse de la población local o, más bien, para protegerse de posibles ataques de verdaderos chichimecas. En efecto, lo que la arqueología contradice en mayor medida con relación a la narración de la *RM*, es el carácter chichimeca de los que se asentaron en el Malpaís de Zacapu. Al contrario, según los datos arqueológicos, la población que se instala aparece dotada de

⁷ En realidad, la *RM* no habla más que de dos príncipes heridos.

gran parte del bagaje cultural mesoamericano (a pesar de que, por ejemplo, no edifican canchas de juego de pelota)⁸ e inventa el urbanismo, una forma de vivir nunca antes experimentada en el sector (Michelet 2008). La propia *RM* contiene contradicciones al respecto –como bien lo notaron Kirchoff (1956) y López Austin (1981: 28)–, cuando menciona diversos edificios utilizados y, por ende, construidos por los recién llegados, lo que no concuerda con su carácter de chichimecas. En sólo el capítulo 2 que hemos venido citando, se refiere, en el asentamiento ocupado por Ticátame, a unas “casas de los papas” (*RM*, 2000: 344) y a una “troj” (*RM*, 2000: 345). Esta observación hecha primero por Kirchoff (*op. cit.*) no impide que el autor, en el mismo comentario, haya escrito erróneamente: “vemos en este drama cómo un pequeño grupo de inmigrantes cazadores, todavía semi-primitivos, asimila en poco más o menos seis o siete generaciones todo lo esencial de las instituciones, costumbres e ideas de los pueblos agrícolas, mucho más cultos y avanzados entre los cuales radica”.

Si la imagen que transmite la *RM* hace de los vacúseecha unos verdaderos chichimecas, a riesgo de parecer inverosímil, es ciertamente por motivos ideológicos y no en pos de fidelidad a la historia. La historia, en este caso, está comprendida por la arqueología que permite restituirla. Los vacúseecha efectivamente llegaron de otra zona, no forzosamente muy alejada (como W. Jiménez Moreno ya lo sospechaba hace más de medio siglo: Jiménez M., 1948) y localizada seguramente al Norte: eran entonces chichimecas en el sentido geográfico de la palabra, pero no chichimecas en términos culturales. Se ha podido aún sugerir, siempre con base en datos arqueológicos (en los dominios de la cerámica y de las costumbres funerarias en particular: Carot 2004, Michelet y Carot 1998) que la llegada de los vacúseecha en el siglo XIII podría haber sido, en realidad, el regreso a la zona de Zacapu de un segmento de la población tarasca instalada allí desde al menos el inicio de la era, y que había partido a vivir un poco más al Norte durante el primer milenio. Observemos también de paso que esta hipótesis, que tiene su origen en la arqueología, da razón de un aspecto de lo narrado por la *RM*: el hecho de que los nuevos venidos descubren que

⁸ Son, según la *RM* (2000: 352) los sacerdotes de la comunidad ya antigua de Xarátangua los que hacen cúes, un baño y un juego de pelota.

algunos habitantes de la Cuenca de Zacapu, y, luego, de aquella de Pátzcuaro, hablan el mismo idioma que ellos, aunque de manera “corrupta y serrana”.⁹

Para concluir sobre este punto relativo al uso combinado del relato proporcionado en la segunda parte de la *RM* y de la arqueología, acerca de la historia “antigua” de los tarascos, queda patente que los hechos revelados en el registro arqueológico permiten, por contraste, identificar lo que en el texto compete al discurso ideológico, sin otro fundamento que una voluntad de transmitir un mensaje *hic et nunc* valorizante. La arqueología sirve pues para identificar las leyendas o los mitos, los cuales no deberían ser tomados como si fueran obras históricas. Pero esta aseveración general necesita ser matizada, en especial en el caso que nos ocupa aquí. La compleja historia antigua de los tarascos narrada por el *petámuti* y que gira, en gran medida, en torno a las hazañas de unos jefes sucesivos (Michelet, 1998b), incorpora un sinnúmero de detalles que siempre quedarán fuera del alcance de la arqueología. Por otra parte, ya que el trabajo realizado en Zacapu quedó de cierta forma sin equivalente,¹⁰ urge definir y desarrollar proyectos de investigación arqueológica sobre aspectos del relato que, a primera vista, son de mayor importancia y que podrían ser confrontados con la arqueología: en particular, por ejemplo, el papel que tuvo la comunidad que, según el texto, más se opuso a los vacúseecha, Curínguaro.¹¹

ALGUNOS ASPECTOS DE LA SOCIEDAD TARASCA: ENTRE TEXTOS Y CULTURA MATERIAL

Dejemos ahora de lado los meros acontecimientos del pasado que forman la segunda sección de la *RM*, para interesarnos en las otras relaciones que se pueden establecer entre esta fuente textual e iconográfica y la arqueología

⁹ “Questa gente de esta laguna era de su mesma lengua, destos chichimecas: mas tenían muchos vocablos corruptos y serranos” (*RM* 2000: 353).

¹⁰ Excepción hecha, por supuesto, de las investigaciones que coordinó H. Pollard en el sector suroeste de la Cuenca de Pátzcuaro: véase, entre otros, Pollard 2008.

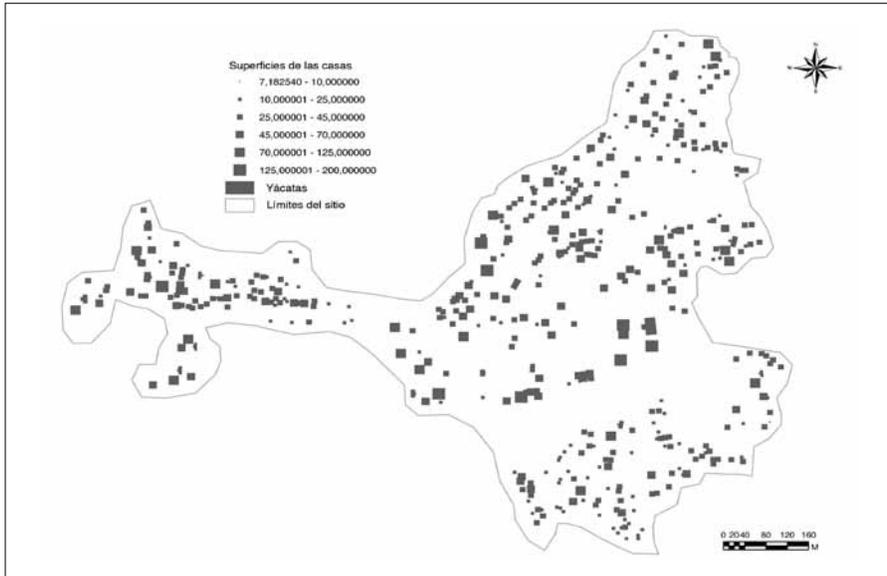
¹¹ Un nuevo proyecto encabezado por Christopher Fisher (Colorado State University), concierne la parte sureste de la Cuenca del Lago de Pátzcuaro, donde precisamente se localizaba la antigua Curínguaro.

sobre cuestiones de organización de la sociedad tarasca prehispánica y de su funcionamiento. La información al respecto se encuentra reunida fundamentalmente en la tercera parte de la *RM*, aunque varios detalles evocados o ilustrados en el relato histórico pueden ser también informativos. No nos alejaremos aquí, por otra parte, tal como lo hicimos anteriormente, de la experiencia arqueológica que se llevó a cabo en la zona de Zacapu, la cual acaba de volverse a renovar, específicamente en el Malpaís (Forest 2008, en prensa).

La descripción de la sociedad tarasca, al menos según aparece en la tercera parte de la *RM*, se refiere en principio a su situación en los dos primeros decenios del siglo *xvi* y está enfocada en la Cuenca del Lago de Pátzcuaro, mientras que los datos que los arqueólogos de los proyectos Michoacán y ahora Uacusecha han recogido, estudiado y siguen manejando, proceden de contextos que, en buena parte, fueron abandonados a mediados del siglo *xv*. Este desfase cronológico y geográfico no puede ser pasado por alto: en el marco de un proceso bastante rápido de formación de la entidad socio-política tarasca –al menos es la imagen que se desprende de la lectura de la *RM*–, es muy posible que la estructuración económica, social y política sugerida por datos arqueológicos remontando a los años 1400-1450 o aun antes, haya sido algo diferente de lo que se había logrado tres generaciones, o más, después. Sin embargo, es verdad que los arqueólogos involucrados en el estudio del Posclásico en la región de Zacapu, al igual que casi todos sus colegas americanistas, en especial los que trabajan sobre periodos cercanos a la Conquista, es decir al momento en que se multiplican los escritos históricos, han recurrido, para interpretar o contextualizar sus descubrimientos, a la analogía (o al acercamiento “histórico directo” en este caso).¹² Este procedimiento no parece tan osado si se trata tan sólo de esclarecer puntos particulares como la función de tal o cual tipo de edificio; es más problemático cuando son tentativas de interpretación de mayor alcance, como la restitución de la jerarquía social dentro de un asentamiento, por ejemplo.

En los sitios urbanos del Posclásico medio-tardío del Malpaís de Zacapu (ver página siguiente), se registró rápidamente en las operaciones de

¹² Sobre el tema, véanse Ascher 1961, Wylie 1985, Lyman y O’Brien 2001.



Mapa del sitio Mich. 95, Las Milpillas (levantamiento de D. Michelet; digitalización de M. Forest), con la representación de las “casas” y de sus tamaños entre 7.18 y más de 200 m²

prospección y los levantamientos topográficos la presencia, a proximidad de las plazas a las que dan los basamentos piramidales (yácatas), de cimientos de edificios de igual morfología, pero de dimensiones muy superiores a la de las casas ordinarias (Michelet, Ichon y Migeon 1988, Michelet 2000, Forest en prensa). Al referirse a la *RM*, apareció que en ella se mencionaban “casas” especiales (“casas de los papas”, “casas de las águilas”) con función ceremonial más que habitacional (lugares de reunión y/o de vida temporal de los sacerdotes y/o de la gente, especialmente para preparar fiestas religiosas). Esta comparación hizo que se considerara, en realidad de manera demasiado apresurada y simplificadora, que todos los cimientos superiores a cierta superficie ($\pm 70 \text{ m}^2$) podían haber sido estructuras ceremoniales. Pero este punto de vista se volvió cuestionable cuando se reveló que varias de las casas de gran tamaño se localizaban a buena distancia de los centros cívico-ceremoniales y que, por lo tanto, podían haber representado, más bien, residencias de un nivel

superior a la media, posiblemente ocupadas por familias de mayor rango socioeconómico (Forest *op. cit.*).

Así pues, aun en un asunto limitado como éste, la aplicación intempestiva al dato arqueológico de una clave de lectura tomada del documento etnohistórico pudo revelarse como contra-productiva, ya que disimulaba una categoría posible dentro de la realidad social. La lección que se debe sacar de este ejemplo es que el uso combinado de la arqueología y de la historia –lo que en la literatura anglosajona se llama a veces la *conjunctive approach*–, requiere que se disponga previamente de análisis independientes cuidadosos de los dos tipos de fuentes. Es lo que Darras (1998) intentó hacer sobre el lugar ocupado por la obsidiana y, para mayores señas, sobre las navajas prismáticas en el mundo tarasco tardío. El estudio de todas las menciones o alusiones e ilustraciones de este material y herramienta en la *RM* y demás fuentes etnohistóricas le permite primero levantar un panorama de lo que aquellos documentos dicen a este propósito: la obsidiana, según ellos, se encuentra siempre ligada a prácticas religiosas –en especial el autosacrificio– y/o a las guerras. El material es, además, indisociable del destino de los dioses y de los dirigentes (*ibid.*: 75-76). Por su lado, el estudio tecno-morfológico, contextual y traceológico de las piezas de obsidiana obtenidas en las excavaciones efectuadas en el sitio de Las Milpillas (n=2713) señala, en apariencia, algo bastante distinto: el uso en todas partes del sitio, sin olvidar las casas habitacionales más comunes, de objetos fabricados en este material, nos lleva a imaginar una utilización muy mundana de éstos. Sólo después de haber llevado lejos los dos acercamientos, resulta posible y fructífero comparar los resultados alcanzados y, en este caso –pero puede que no sea siempre así–, reducir el foso entre dos imágenes *a priori* contradictorias; de hecho, hasta en las más modestas residencias, el uso de la obsidiana –de las navajas prismáticas en particular– pudo haber sido principalmente ritual.

Hoy día, en los nuevos trabajos que se van realizando en los sitios posclásicos del Malpaís (proyecto Uacusecha), lo que está en juego es el problema de las estructuras sociales ejemplificadas por el patrón de asentamiento y su inscripción espacial. Trabajos previos sobre este tipo de datos arqueológicos (Michelet 1998, 2008) habían conducido a pensar de forma sin duda prematura, que pocas diferencias sociales habían existido entre los habitantes de estos sitios. El nuevo examen 100 por ciento

arqueológico de los mismos datos nos hace esperar que se van a poder documentar aspectos importantes, y no contemplados hasta ahora, de la organización social dentro de este conjunto de asentamientos. A primera vista, las fuentes etnohistóricas, las cuales –la *RM* sobre todo– no dedican mucho espacio a la gente común, no parecen muy susceptibles a proporcionar claves indiscutibles de entendimiento. Y, sobre un asunto como la existencia de una estructuración de los centros urbanos en barrios, a la cual sólo aluden ciertos documentos escritos, es probablemente la arqueología la que aportará los datos más precisos y convincentes. De estos desenvolvimientos se deduce al menos que bien la arqueología y la historia pueden colaborar con provecho, pero bajo la condición de que se hayan examinado primeramente a fondo sus relativas aportaciones, alcances y limitaciones. Queda también patente que, en este encuentro, la arqueología de ninguna manera debe ser considerada como una ciencia anexa de la historia, aun cuando se moviliza sobre un tema dado, mucho tiempo después que ésta (véase Sergheraert 2009, donde se discuten marcadores arqueológicos de la extensión del imperio mexicana, una cuestión tratada, desde hace muchos decenios con base en los documentos etnohistóricos).

A MANERA DE COMENTARIO FINAL, EL REGRESO A LO INELUDIBLE

Acabamos de atestiguar que el uso conjunto y adecuado de la arqueología y de la historia debe ser precedido por un empleo paralelo. Eso implica que cada uno en su disciplina haya empezado, de forma individual, por analizar de manera crítica y por interpretar tentativamente sus datos materiales o sus documentos. En el contexto de la época del Contacto, el análisis crítico de las fuentes etnohistóricas ha acusado, durante mucho tiempo, un innegable atraso en relación a lo que se hacía para otros periodos de la historia, quedando además la comunidad de arqueólogos a menudo mal informada de los avances en la materia. La lectura decapante de la *Relación de Michoacán* que propuso hace poco Claudia Espejel (2008) con base en argumentos muy serios, abre una nueva etapa en la percepción que se puede pretender de la sociedad tarasca de antes de la Conquista a partir de esta fuente. Pero no es porque fray Jerónimo de Alcalá haya intervenido en la redacción del texto más de lo que se había pensado hasta la fecha que se debe negar todo valor

testimonial a este fabuloso manuscrito. Sin embargo, la manera en que dicha fuente volverá a ser fidedigna y representativa de las realidades del mundo tarasco antiguo, depende, hoy más que nunca, de lo que la arqueología podrá corregir y complementar en ella (Espejel *op. cit.*: 333).

En el Michoacán prehispánico, la arqueología tiene mucho futuro. ☪

BIBLIOGRAFÍA

- Charlotte Arnauld y Brigitte Faugère-Kalfon, “Evolución de la ocupación humana en el Centro-Norte de Michoacán y la emergencia del estado tarasco”, en V. Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. México: CEMCA, 1998, pp.13-34.
- Charlotte Arnauld M. y Dominique Michelet, “Les migrations postclassiques au Michoacan et au Guatemala: problèmes et perspectives”, en A. Breton, J.-P. Berthe y S. Lecoïn (coords.), *Vingt études sur le Mexique et le Guatemala réunies à la mémoire de Nicole Percheron*. Toulouse: PUM, 1991, pp.67-92.
- Robert Ascher, “Analogy in archaeological interpretation”, *Southwestern Journal of Anthropology*, 17, 1961, pp.317-325.
- Ulises Beltrán, “Estado y sociedad tarascos en la época prehispánica”, en B. Boehm de Lameiras (coord.), *El Michoacán antiguo*. México: El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán, 1994, pp. 29-163.
- Patricia Carot, “Arqueología de Michoacán: nuevas aportaciones a la historia purhépecha”, en B. Braniff C. (ed.), *Introducción a la arqueología del Occidente de México*. Colima: Universidad de Colima / Instituto Carrasco Pedro, 2004, pp.443-474.
- “Economía política en el reino tarasco”, en P. Carrasco *et al.*, *La sociedad indígena en el centro occidente de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1986, pp.62-102,
- Marcia Castro Leal, *Tzintzuntzan, capital de los tarascos*. Morelia: Gobierno del Estado de Michoacán, 1986.
- Véronique Darras, “La obsidiana en la *Relación de Michoacán* y en la realidad arqueológica: del símbolo al uso o del uso de un símbolo”, en V. Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. México: CEMCA, 1998, pp.61-88.
- Claudia Espejel Carvajal, *La justicia y el fuego. Dos claves para leer la Relación de Michoacán*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2008.

- Brigitte Faugère, “Venados y hogares sagrados en la *Relación de Michoacán*: reivindicación nórdica y construcción del Estado en los pueblos tarascos”, en V. Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. México: CEMCA, 1998, pp.89-99.
- “Le cerf chez les anciens P’urhépecha du Michoacan (Mexique): guerre, chasse et sacrifice”, *Journal de la Société des Américanistes*, 94(2), 2008, pp. 109-142.
- Marion Forest, *Identificación et utilisation des espaces du site du Malpaís Prieto, Michoacan, Mexique*, tesis de maestría (M2), UFR Art et Archéologie, Université de Paris 1, Panthéon-Sorbonne, París, 2008.
- En prensa “Les centres publics des sites urbains du Malpaís de Zacapu, Michoacan, Mexique: exemples d’espaces hiérarchisés et/ou hiérarchisant”, en *Les marqueurs de pouvoir*, Archéo.doct 4. París: Publications de la Sorbonne.
- Agustín García Alcaráz, “Estratificación social entre los tarascos prehispánicos” en P. Carrasco y J. Broda (comps.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*. México: INAH, 1976, pp.221-224.
- Shirley Gorenstein y Helen Perlstein Pollard, *The Tarascan Civilization: A Late Prehispanic Cultural System*. Nashville: Vanderbilt University Publications in Anthropology 28, 1983.
- Wigberto Jiménez Moreno, “Historia antigua de la zona tarasca”, en *IV Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, El Occidente de México*. Cuernavaca: Talleres de Tipografía Indígena, 1948, pp.146-155.
- Paul Kirchhoff, “La Relación de Michoacán como fuente para la historia de la sociedad y cultura tarascas”, en *La Relación de Michoacán*. Madrid: Aguilar Editores, 1956, pp. xix-xxxiii.
- Nicolás León, *Los tarascos. Notas históricas, étnicas y antropológicas*. México: Editorial Innovación, 1979 [primera edición: Imprenta del Museo Nacional, 1904].
- Alfredo López Austin, *Tarascos y mexicas*. México: Fondo de Cultura Económica, Colección SEP 80, 4, 1981.
- Lee Lyman R. y Michael J. O’Brien, “The direct historical approach, analogical reasoning and theory in Americanist archaeology”, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 8(4), 2001, pp. 303-342.
- Roberto Martínez González, “Dioses propios y ajenos: deidades patronas y realeza sagrada entre los purépechas del siglo XVI”, *Revista española de antropología americana*, 39(1), 2008, pp.53-79.

- “La dimensión mítica de la peregrinación tarasca”, *Journal de la Société des Américanistes*, 96(1), 2010, pp. 39-73.
- Dominique Michelet, “Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico”, en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*. México: CEMCA/ El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 13-23.
- “Histoire, mythe et apologue : notes de lecture sur la seconde partie de la *Relación [...] de Michoacán*”, en D. Michelet (coord.), *Enquêtes sur l'Amérique moyenne, mélanges offerts à Guy Stresser-Péan*. México: INAH/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/CEMCA, 1989, pp. 105-113.
- “El centro-norte de Michoacán: características generales de su estudio arqueológico regional”, en D. Michelet coord., *El proyecto Michoacán 1983-1987. Medio ambiente e introducción a los trabajos arqueológicos*. México (Colección Études mésoaméricaines II-12/Cuadernos de estudios michoacanos 4): CEMCA, 1992, pp. 9-52.
- “El origen del reino tarasco protohistórico”, *Arqueología Mexicana* 19, México, 1996, pp. 24-27.
- “Topografía y prospección sistemática de los grandes asentamientos del Malpaís de Zacapu: claves para un acercamiento a las realidades sociopolíticas”, en V. Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. México: CEMCA, 1998^a, pp. 47-59.
- “Reino y reyes tarascos”, *Arqueología Mexicana* 32, México, 1998b, pp. 50-57.
- “‘Yácatas’ y otras estructuras ceremoniales tarascas en el Malpaís de Zacapu, Michoacán”, en J. Litvak K. y L. Mirambell (coords.), *Arqueología, historia y antropología*. In memoriam *José Luis Lorenzo Bautista*. México: INAH (Colección Científica 415), 2000, pp. 117-137.
- Dominique Michelet y Patricia Carot, “Arqueología de la región de las cuencas lacustres de Michoacán (1946-1996)”, en *Antropología e historia del Occidente de México. xxiv Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, vol.1. México: Sociedad Mexicana de Antropología / UNAM, 1998, pp.497-537.
- Dominique Michelet, Alain Ichon y Gérald Migeon, “Residencias, barrios y sitios posclásicos en el Malpaís de Zacapu”, en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el Centro Occidente de México, Memoria*. México: Centro regional de Querétaro, Cuaderno de trabajo 1, INAH, 1998, pp.177-191.
- Dominique Michelet, Gérald Migeon y Grégory Pereira, “La llegada de los

- uacusechas* a la región de Zacapu, Michoacán: datos arqueológicos y discusión”, en L. Manzanilla (coord.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Postclásico en el Centro de México*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp.137-153,
- Gérald Migeon, *Archéologie en pays tarasque. Structure de l’habitat et ethnopréhistoire des habitations tarasques de la région de Zacapu (Michoacan, Mexique) au Postclassique Récent*, tesis de doctorado, UFR d’art et d’archéologie, Université de Paris 1, 1990.
- “Les sites tarasques de la région de Zacapu: confrontation des données archéologiques et ethnohistoriques”, en A. Breton, J.-P. Berthe y S. Lecoïn (coords.), *Vingt études sur le Mexique et le Guatemala réunies à la mémoire de Nicole Percheron*. Toulouse: PUM (Collection Hespérides) 1992, pp. 95-115.
- “El poblamiento del Malpaís de Zacapu y de sus alrededores, del Clásico al Posclásico”, en V. Darras coord., *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*. México: CEMCA, 1998, pp.35-45.
- “Abandonos planificados, rituales de vasijas matadas o de clausura y ocupaciones posteriores. Los sitios del Cerro Barajas, Guanajuato, y de Milpillas, en el Malpaís de Zacapu, Michoacán”, *Trace* 43, 2003, pp.97-115.
- Francisco Miranda Godínez, “La Relación de Michoacán y otras fuentes para la historia prehispánica de la cultura purépecha”, en F. Miranda G. (comp.), *La cultura purhé, ii Coloquio de Antropología e Historia Regionales, fuentes e historia*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1981, pp.31-45.
- Grégory Pereira, *Potrero de Guadalupe: anthropologie funéraire d’une communauté pré-tarasque du nord du Michoacán, Mexique*. Oxford: BAR International Series 816, British Archaeological Reports, 1999.
- “The utilization of grooved human bones: A reanalysis of artificially modified human bones excavated by Carl Lumholtz at Zacapu, Michoacán, Mexico”, *Latin American Antiquity*, 16(3), 2005, pp. 293-312.
- Helen P.Pollard, “The construction of ideology in the emergence of the Prehispanic Tarascan state”, *Ancient Mesoamerica*, 2(2), 1991, pp.167-179.
- Tariácuri’s Legacy. The Prehispanic Tarascan State*. Norman: University of Oklahoma Press, 1993.
- “Central places and cities in the core of the Tarascan State / Lugares Centrales y Ciudades en el Núcleo del Estado Tarasco”, en W. T. Sanders y A. G. Mastache (eds.), *Urbanization in Mesoamerica / El Urbanismo en Mesoamérica*,

- vol. 1. University Park y México: Instituto Nacional de Antropología e Historia y Pennsylvania State University, 2003, pp.345-390.
- “A Model of the Emergence of the Tarascan State”, *Ancient Mesoamerica*, 19(2), 2008, pp. 217-230.
- Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán. Reproducción facsímil del Ms. C IV 5 de El Escorial 1956* transcripción de J. Tudela. Madrid: Aguilar Editores (nueva edición, con estudio preliminar de J. Corona Núñez, Balsal Editores, Morelia, 1977).
- Relación de Michoacán* coordinación de edición y estudios M. Franco Mendoza. México: El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 2000.
- Relación de Michoacán* Coordinación general de la obra Armando Mauricio Escobar Olmedo, 2 vol. Madrid: Patrimonio Nacional / H. Ayuntamiento de Morelia / Testimonio Compañía Editorial, 2001.
- Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, edición de René Acuña: México Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1987.
- Relation de Michoacan*, version et présentation de J. M. G. Le Clézio. París: Collection Tradition, Gallimard, 1984.
- Hans Roskamp, *La historiografía indígena de Michoacán: el lienzo de Jucutacato y los Títulos de Carapan*. Leiden: Researchschool CNWS, Universidad de Leiden, 1998.
- Maelle Sergheraert, *L'expansion mexica (1430-1520 après J.-C.). La question du contrôle impérial dans les provinces extérieures de l'Empire*, tesis de doctorado, UFR Art et Archéologie, Université de Paris 1 Panthéon-Sorbonne, París, 1999.
- Benedict Warren J., “Fray Jerónimo de Alcalá, autor de la Relation de Michoacan”, en M. Franco Mendoza (coord. de edición y estudios), *Relación de Michoacán*. México: El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán, 2000, pp.37-56.
- Eduardo Williams, “Historia de la arqueología en Michoacán”, en M. T. Cabrero G (ed.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1993, pp. 195-236.
- Alison Wylie, “The reaction against analogy”, *Advances in Archaeological Method and Theory*, 8, 1985, pp.63-111.